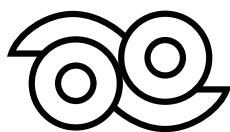


Psicología de las masas  
y análisis del yo





# Psicología de las masas y análisis del yo

Sigmund Freud

Traducción directa del alemán de José L. Etcheverry

*Prólogo de Alain Rauzy*

Amorrortu editores  
Buenos Aires - Madrid

El título original en alemán de la presente obra de Sigmund Freud, cuyos derechos se consignan a continuación, figura en la página 27.

© Copyright de las obras de Sigmund Freud, Sigmund Freud Copyrights Ltd.

© Copyright del ordenamiento, comentarios y notas de la edición inglesa, James Strachey, 1955

© Copyright de los prólogos, notas y agregados de la edición francesa, Presses Universitaires de France, 2010

© Copyright de la edición castellana, Amorrortu editores S.A., Paraguay 1225, 7° piso - C1057AAS Buenos Aires, 1976, 2010

Amorrortu editores España S.L., C/López de Hoyos 15, 3° izq. - 28006 Madrid

[www.amorrortueditores.com](http://www.amorrortueditores.com)

Traducción directa del alemán de las obras de Sigmund Freud: José Luis Etcheverry

Traducción de los comentarios y notas de James Strachey: Leandro Wolfson

Traducción de los prólogos, notas y agregados de la edición francesa: Horacio Pons

Asesoramiento: Santiago Dubcovsky y Jorge Colapinto

Corrección de pruebas: Rolando Trozzi y Mario Leff

Publicada con autorización de Sigmund Freud Copyrights Ltd., The Hogarth Press Ltd., The Institute of Psychoanalysis (Londres) y Angela Richards.

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio mecánico, electrónico o informático, incluyendo fotocopia, grabación, digitalización o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723.

Industria argentina. Made in Argentina.

ISBN 978-950-518-868-0

ISBN 978-2-13-058500-8, París (edición francesa)

Freud, Sigmund

Psicología de las masas y análisis del yo. - 1ª ed. - Buenos Aires : Amorrortu, 2016.

144 p. ; 21x12 cm.

Traducción de: José Luis Etcheverry

ISBN 978-950-518-868-0

1. Psicoanálisis. I. Etcheverry, José Luis, trad. II. Título.

CDD 150.195

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en agosto de 2016.

Tirada de esta edición: 3.000 ejemplares.

# Índice general

- 9 Características de esta edición
- 11 Lista de abreviaturas
  
- 13 Prólogo, *Alain Rauzy*
  
- 25 Psicología de las masas y análisis del yo  
(1921)
  
- 27 Nota introductoria, *James Strachey*
- 31 *Psicología de las masas y análisis del yo*
  
- 31 I. Introducción
- 35 II. Le Bon y su descripción del alma de las masas
- 49 III. Otras apreciaciones de la vida anímica colectiva
- 57 IV. Sugestión y libido
- 63 V. Dos masas artificiales: Iglesia y ejército
- 71 VI. Otras tareas y orientaciones de trabajo
- 77 VII. La identificación
- 85 VIII. Enamoramiento e hipnosis
- 93 IX. El instinto gregario
- 99 X. La masa y la horda primordial
- 107 XI. Un grado en el interior del yo
- 113 XII. Apéndice
  
- 125 Bibliografía e índice de autores
- 133 Índice alfabético



## Características de esta edición

La selección de escritos de Sigmund Freud de la que forma parte este libro se basa, esencialmente, en la edición de sus *Obras completas* publicada por nuestro sello editorial, entre 1978 y 1985, en 24 tomos, cuyos textos reproduce exactamente. Esta nueva versión —que en cada volumen presenta uno de los trabajos de mayor relevancia del autor austríaco, o bien reúne escritos más breves referidos a la misma temática— se ve enriquecida por el significativo aporte de un equipo de especialistas que tuvo a su cargo la publicación de las obras completas de Sigmund Freud en lengua francesa, bajo la dirección de André Bourguignon, Pierre Cotet y Jean Laplanche. Cada libro comienza con un pormenorizado prólogo de uno de aquellos, en el cual se exponen análisis, reflexiones y comentarios sobre la obra o temática tratada y se entrecruzan referencias a otros trabajos de Freud; y en los propios textos de este se introducen notas a pie de página con apuntes lexicográficos, históricos, literarios, etc. En algunos volúmenes se incorporan, asimismo, breves textos inéditos.

Esta edición incluye: 1) Los escritos de Sigmund Freud, traducidos directamente del alemán por José Luis Etcheverry<sup>1</sup> y cotejados con *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*,<sup>2</sup> edición a cargo de James B. Stra-

<sup>1</sup> La primera recopilación de los escritos de Freud fueron los *Gesammelte Schriften* (Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 12 vols., 1924-34), a la que siguieron las *Gesammelte Werke* (Londres: Imago Publishing Co., 17 vols., 1940-52). Para la presente traducción se tomó como base la 4ª reimpresión de estas últimas, publicada por S. Fischer Verlag en 1972; para las dudas sobre posibles erratas se consultó, además, Freud, *Studienausgabe* (Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 11 vols., 1969-75).

<sup>2</sup> Londres: The Hogarth Press, 24 vols., 1953-74.

chey. 2) Comentarios de este último previos a cada escrito. 3) Notas a pie de página de Strachey (entre corchetes, para diferenciarlas de las de Freud), en las que se indican variantes en las diversas ediciones alemanas de un mismo texto; se explican ciertas referencias geográficas, históricas, literarias, etc.; se consignan problemas de la traducción al inglés, y se incluyen gran número de remisiones internas a otras obras de Freud. 4) Notas a pie de página entre llaves (identificadas con un asterisco en el cuerpo principal), que se refieren, las más de las veces, a problemas propios de la traducción al castellano. 5) Intercalaciones entre corchetes en el cuerpo principal del texto, que corresponden también a remisiones internas o a breves apostillas que Strachey consideró indispensables para su correcta comprensión. 6) Intercalaciones entre llaves en el cuerpo principal, ya sea para reproducir la palabra o frase original en alemán o para explicitar ciertas variantes de traducción (los vocablos alemanes se dan en nominativo singular o, tratándose de verbos, en infinitivo). 7) Bibliografía general, al final de cada volumen, de todos los libros, artículos, etc., en él mencionados. 8) Índice alfabético de autores y temas, al que se le suman, en ciertos casos, algunos índices especiales (p. ej., «Índice de sueños», «Índice de operaciones fallidas», etc.).

Las notas a pie de página de los traductores franceses aparecen separadas de las correspondientes a Freud y Strachey y a la traducción castellana, y con numeración independiente (el número respectivo se consigna entre paréntesis tanto dentro del texto como en la nota propiamente dicha).

Antes de cada trabajo de Freud, se mencionan sus sucesivas ediciones en alemán y las principales versiones existentes en castellano.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> A este fin, entendemos por «principales» la primera traducción (cronológicamente hablando) de cada trabajo y sus publicaciones sucesivas dentro de una colección de obras completas. En las notas de pie de página y en la bibliografía que aparece al final del volumen, los títulos en castellano de los trabajos de Freud son los adoptados en la presente edición. En muchos casos, estos títulos no coinciden con los de las versiones castellanas anteriores.



## Lista de abreviaturas

(Para otros detalles sobre abreviaturas y caracteres tipográficos, véase la aclaración incluida en la bibliografía, *infra*, pág. 125.)

- AE* Freud, *Obras completas* (24 vols.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978-85.
- BN* Freud, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.\*
- EA* Freud, *Obras completas* (19 vols.). Buenos Aires: Editorial Americana, 1943-44.
- GS* Freud, *Gesammelte Schriften* (12 vols.). Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1924-34.
- GW* Freud, *Gesammelte Werke* (18 vols.). Volúmenes 1-17, Londres: Imago Publishing Co., 1940-52; volumen 18, Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.
- OCP* Freud, *Œuvres complètes Psychanalyse* (21 vols.). París: Presses Universitaires de France, 1988-.
- RP* *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina, 1943-.
- SA* Freud, *Studienausgabe* (11 vols.). Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1969-75.

\* Utilizaremos la sigla *BN* para todas las ediciones publicadas por Biblioteca Nueva, distinguiéndolas entre sí por la cantidad de volúmenes: edición de 1922-34, 17 vols.; edición de 1948, 2 vols.; edición de 1967-68, 3 vols.; edición de 1972-75, 9 vols.

LISTA DE ABREVIATURAS

- SE Freud, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works* (24 vols.). Londres: The Hogarth Press, 1953-74.
- SR Freud, *Obras completas* (22 vols.). Buenos Aires: Santiago Rueda, 1952-56.
- Theoretische Schriften* Freud, *Theoretische Schriften (1911-1925). Schriften* Viena, 1931.

# Prólogo

Alain Rauzy

Desde *Tótem y tabú*, dado a conocer entre 1912 y 1913, parecía que Freud había renunciado al estudio de las cuestiones atinentes a la sociedad. En los años del conflicto mundial —esa «horrorosa guerra»—<sup>1</sup> se dedicó sobre todo a las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, pronunciadas y publicadas en Viena.

El final de la guerra coincide con un nuevo período de producción. El 12 de mayo de 1919, en una carta a Ferenczi, Freud dice que intenta, «por medio de una idea simple», dar un fundamento psicoanalítico a la psicología de las masas. El proyecto es elaborado al mismo tiempo que el de *Más allá del principio de placer*, como lo testimonia la carta a Eitingon del 8 de marzo de 1920: «Sigo trabajando con la psicología de las masas y las pulsiones de muerte». El 14 de mayo le confía a Abraham su intención de consagrarse a ello durante sus vacaciones en Gastein. *Más allá del principio de placer* se termina en julio y se publica en diciembre de 1920, en tanto que *Psicología de las masas y análisis del yo* aparecerá recién en el verano del año siguiente.

Entre los dos libros no hay un vínculo evidente, al margen de un pasaje significativo de *Más allá del principio de placer* acerca del «carácter pluricelular de los organismos»: «Una célula ayuda a preservar la vida de las otras, y ese “Estado” celular puede pervivir aunque algunas de sus células mueran. (. . .) Siendo así, podría ensayarse transferir a la relación recí-

<sup>1</sup> Sigmund Freud, *Au-delà du principe de plaisir*, OCP, 15, pág. 282 {*Más allá del principio de placer* (1920g), AE, 18, pág. 12}.

proca entre las células la teoría de la libido elaborada por el psicoanálisis. Imaginaríamos entonces que las pulsiones de vida o sexuales, activas en cada célula, son las que toman por objeto a las otras células, neutralizando en parte sus pulsiones de muerte (. . .) y manteniéndolas de ese modo en vida». Freud habría de hallar en algunos autores, sobre todo en Wilfred Trotter (*Instincts of the Herd in Peace and War*), un bosquejo de teoría análoga, transpuesta a la organización de las masas.

Hasta mediados del siglo XIX se concibe a las masas como un conjunto mal definido y vagamente inquietante. «El hombre de las multitudes» de Poe es un ser anónimo, perdido en la muchedumbre y que prefiere la absorción en la masa a la insostenible soledad. Para Baudelaire, que cree poder ser, a la vez, «él mismo y otro» en la muchedumbre, multitud y soledad son «términos iguales y convertibles». En sus diarios íntimos encontramos esta sorprendente anotación: «El placer de estar en la multitud es una expresión misteriosa del gozo de la multiplicación del número».

Sin embargo, en 1840, Honoré Antoine Frégier publica su investigación, *Des classes dangereuses de la population dans les grandes villes*. Las concentraciones populares, sobre todo cuando se someten a la dirección de un «conductor», pueden aparecer como una amenaza para el orden social. Gustave Le Bon, a quien algunos consideran uno de los fundadores de la «psicología social», cosecha un éxito inmediato con su *Psicología de las masas*, cuya primera edición es de 1895. Tal vez sería mejor decir «fisiología de las masas», dado que Le Bon pretende haber «tratado de estudiar los fenómenos sociales como un fenómeno físico cualquiera». «La época en la que ingresamos será, a no dudar, la de las masas», afirma, y agrega que «el conocimiento de la psicología de las masas constituye el recurso del hombre de Estado», además de advertir: «Cuando el edificio de una civilización está carcomido, las masas provocan su desmoronamiento». El libro de Le Bon motiva abundantes citas y comentarios de Freud, que le otorga un lu-

gar de privilegio a lo largo de su ensayo y lo presenta con objetividad.

Según Le Bon, en el seno de una masa los individuos adquieren «una especie de alma colectiva» que «los hace sentir, pensar y actuar muy diferentemente de como sentiría, pensaría y actuaría cada uno de ellos por sí solo». Hay que señalar que esta aserción de Le Bon fue rechazada por Durkheim, quien no creía en la realidad de un «psiquismo colectivo» que naciera, como una nueva entidad, en la multitud. Le Bon va más lejos, al afirmar que las modificaciones sufridas por los individuos agrupados en la masa tienden a la degradación: «Por el mero hecho de formar parte de una multitud, el hombre desciende, pues, varios peldaños en la escala de la civilización». También Freud advierte que «al reunirse los individuos de la masa desaparecen todas las inhibiciones, y son llamados a una libre satisfacción pulsional todos los instintos crueles, brutales, destructivos, que dormitan en el individuo como relictos del tiempo primordial».

Para Le Bon, que utiliza epítetos despectivos para calificarla, la masa —o la muchedumbre— aparece como inquietante o amenazante, propensa a las malas jugadas. En varias oportunidades se refiere a Taine, quien en *Los orígenes de la Francia contemporánea* se detuvo en los excesos de la Revolución. En *Psicología del socialismo*, aparecido en 1898, Le Bon agrava ese cuadro, al considerar que el «inmenso número» de inadaptados de todas las categorías «los torna peligrosos para nuestras sociedades», y lanzará este llamamiento: «¿Son esas masas, entonces, tan difíciles de dirigir?». Sus obras no tardarán en encontrar cabida en el programa ideológico de los movimientos contrarrevolucionarios.

En Italia, Scipio Sighele precedió a Le Bon con *La muchedumbre delincuente*, calcado de *Los criminales* de Lombroso, quien propuso, con Ferri, hablar del «criminal nato». Sobre la base de los juicios parciales de Taine y Maxime du Camp, Sighele califica de «muchedumbres delincuentes» a los levantamientos populares de la Revolución Francesa y la Comuna de

París. William McDougall, que se abstiene de cualquier referencia histórica, abriga, en general, el mismo juicio peyorativo sobre la multitud —en inglés, «*group*»— que Le Bon, y se ciñe a un nivel puramente descriptivo, con un análisis muy pertinente del fenómeno de pánico.

Así como para Le Bon la masa —o la multitud— es esencialmente irracional («Lo irracional siempre ha constituido uno de los motivos de acción más poderosos»), Freud se propone, al contrario, examinar los intentos de explicación «racionales» de sus modos de reacción.

En primer lugar, aborda el de Gabriel Tarde, a quien se asocia con la escuela francesa de antropología criminal. Tarde, que se dio a conocer con sus obras *La criminalidad comparada* y *Las leyes de la imitación*, hace jugar, en una parte de los acontecimientos sociales, la doble influencia de «individuos» excepcionales y la imitación. Esta última explica en especial los fenómenos de «histeria colectiva», el «contagio en la masa» o la «influencia sugestiva de la masa», que están en el origen, por ejemplo, de los episodios de las «poseídas de Loudun» o los convulsionarios de Saint-Médard (en torno a las figuras singulares de Urbain Grandier y el diácono Pâris).

Freud se refiere a continuación a la teoría de Trotter, quien apela al instinto —o pulsión— gregario, que es compartido, al parecer, por el hombre y las demás especies animales. Ese gregarismo es, «por así decir, una prosecución del carácter pluricelular; (. . .) es otra expresión de la tendencia de todos los seres vivos de la misma especie, tendencia que arranca de la libido, a formar unidades cada vez más amplias». La transición del organismo unicelular al organismo pluricelular, invocada por Trotter, tiene un eco en el pasaje ya citado del capítulo VI de *Más allá del principio de placer*, donde Freud atribuye una función de conservación de la especie al carácter pluricelular de los organismos. Sobre este punto, Le Bon agrega: «La masa psicológica es un ser provisorio, compuesto de elementos heterogéneos soldados por un instante, exacta-

mente del modo en que las células de un cuerpo vivo constituyen, por su reunión, un nuevo ser que manifiesta caracteres muy diferentes de los que posee cada una de ellas». Sin embargo, aplicada a la multitud, la teoría del instinto (o pulsión) gregario de Trotter presenta, en opinión de Freud, el gran inconveniente de que niega o subestima la importancia del conductor.

La similitud observada por Le Bon entre las modificaciones psíquicas inducidas en el individuo por la masa y la hipnosis no puede sino granjearse la adhesión de Freud. Aquel señala que el individuo inmerso en una multitud entra «en un estado particular, muy cercano al estado de fascinación del hipnotizado en manos de su hipnotizador». Freud recuerda aquí que «el hipnotizador afirma estar en posesión de un poder misterioso que arrebató al sujeto su voluntad» (poder misterioso que «sigue designándose a menudo como magnetismo animal»). Y toma la precaución de referirse al «enigma de la hipnosis»; esta contiene, en efecto, «rasgos que hasta ahora se han sustraído de un esclarecimiento acorde a la *ratio*».

A su vez, Freud va a proponer una teoría tomada del capítulo IV de *Tótem y tabú*: «El retorno del totemismo en la infancia». Su fuente está en la hipótesis de Darwin, «para quien la forma primordial de la sociedad humana fue la de una horda gobernada despóticamente por un macho fuerte». Mucho más adelante, tras numerosas vicisitudes, «el orden social conoce los reyes similares a dioses, que transfieren al Estado el sistema patriarcal». En este período, «la venganza del padre abatido y restaurado se ha vuelto dura: el imperio de la autoridad ha alcanzado su punto máximo». Sólo una teoría así está en condiciones de explicar la función —fundamental para Freud— del conductor en la masa. (No es ocioso recordar que los equivalentes de «conductor» son «*Führer*» en alemán y «*leader*» en inglés.) «El conductor de la masa [es] (. . .) el temido padre primordial; la masa quiere (. . .) ser gobernada por un poder irrestricto, tiene (. . .), según la expresión de Le Bon, sed de sometimiento».

En las masas organizadas (la Iglesia y el ejército) rige desde hace mucho una jerarquía que sirve de intermediaria entre el individuo y el jefe supremo, el cual es, las más de las veces, inaccesible e invisible.

Para Stanley Milgram, autor de las experiencias de «sometimiento a la autoridad», la jerarquía es un factor de supervivencia en las especies animales, porque brinda la posibilidad de «hacer frente (. . .) a los peligros del medioambiente». Según la teoría evolucionista, la aceptación de la jerarquía se forjó, «con el paso de generaciones sucesivas, en virtud de las exigencias de la supervivencia de la especie». La organización es más fuerte que la desorganización: «La superioridad de una milicia disciplinada sobre una masa tumultuosa radica, precisamente, en su capacidad de concebir un plan de acción coordinado. Es eso lo que le permite a la unidad militar imponerse a la horda desprovista de dirección y estructura». No son pocos los ejemplos históricos a que se puede acudir para corroborar esta tesis. La obediencia a la autoridad es, en definitiva, más «natural» que la resistencia, el rechazo del sometimiento, toda vez que el hombre se muestra «propenso a aceptar las definiciones de la acción proporcionadas por la autoridad legítima».

En las masas desorganizadas, el vínculo entre el individuo y el conductor es primordial: su naturaleza es la de una relación amorosa. Todo el sistema, dice Freud, se apoya en la ilusión de que «hay un jefe (. . .) que ama por igual a todos los individuos de la masa». Así, «cada individuo tiene una doble ligazón libidinosa: con el conductor (. . .) y con los otros individuos de la masa». Aquí interviene el proceso de identificación. Esta «ligazón recíproca entre los individuos de la masa» consolida «una importante comunidad afectiva». «Todavía hoy, los individuos de la masa han menester del espejismo de que su conductor los ama de manera igual (. . .); pero al conductor mismo no le hace falta amar a ningún otro, puede ser de naturaleza señorial, absolutamente narcisista». Por lo demás, la masa puede ser caracterizada de esta manera: «Muchos



iguales, que pueden identificarse entre sí, y un único superior a todos ellos».

Freud subraya que todas las ligazones que dan vida a la masa «son del tipo de las pulsiones de meta inhibida». A la inversa, «las aspiraciones sexuales directas son desfavorables para la formación de masa», a excepción tal vez del amor homosexual, que parece conciliarse mejor con las ligazones masivas. Pero, de manera general, «la libido que cohesiona a las masas (. . .) prescinde, en particular, de las metas de organización genital de la libido».

El libro de Freud, publicado en 1921, parece anunciar los trágicos años venideros. Mientras él se esfuerza por dilucidar los resortes de la acción recíproca entre la masa y el conductor, el libro de Le Bon será leído y meditado por los dictadores que cobran un papel protagónico en la escena europea.

¿No dice Le Bon que las simpatías de las masas «jamás se dirigieron a los amos benévolos sino a los tiranos que las (...) dominaron. Y siempre erigieron para estos las más elevadas estatuas»? En el capítulo de su libro titulado «Los conductores de masas y sus medios de persuasión», Le Bon expone varios de esos medios de acción, en particular la afirmación y la repetición: «Cuando una afirmación se ha repetido lo suficiente (. . .), se forma lo que llamamos una “corriente de opinión”, y sobreviene el poderoso mecanismo del contagio». Dice además: «Conocer el arte de impresionar la imaginación de las masas es conocer el arte de gobernarlas». A su entender, las masas sólo piensan por imágenes; esto explica «la facilidad con que se las sugestiona». El conductor deberá «haber descifrado (. . .) la psicología de las masas y (. . .) conocer sobre todo la cautivante influencia de las palabras, las fórmulas y las imágenes». Se trata, necesariamente, de un tribuno que, «en comunicación íntima con la masa, sabe evocar las imágenes que la seducen». El conductor cree en su propio mensaje: «La multitud siempre escucha al hombre de voluntad fuerte».

Al analizar en *La era de las multitudes* (1981) el «principio del jefe» (*Führerprinzip*), Serge Moscovici pone de relieve los artificios de los demagogos: «¿Quién dejará de ver hasta qué punto los individuos que tienen una parcela de poder se toman por los demiurgos de la historia (. . .)? Con el objeto de conservar el poder, persuaden a las multitudes de que piensen como ellos (. . .). Así, todos los conductores dependen de la masa. (. . .) Convertidos en los espejos perfectos de la masa, esta se refleja en ellos». Mientras el jefe les devuelva la imagen que de él esperan, «las masas se reconocerán en él». ¡Ay del jefe si el lazo llega a romperse! Corre entonces el riesgo de sufrir el destino de esos emperadores romanos llevados al poder supremo por sus legiones, y luego, destituidos y hasta despedazados por ellas cuando su «carisma» se disipa.

En 1933, Wilhelm Reich escribe *Psicología de masas del fascismo*. En su opinión, el Estado autoritario representa la posición autoritaria del padre. El jefe «atrae sobre sí el conjunto de las actitudes afectivas que no hace mucho se dirigían al padre protector»; de parte de la masa, «hay una confianza infantil en la omnipotencia del padre». Al mismo tiempo, afirma Reich, no hay que sobrestimar la importancia del conductor, que no existiría sin la adhesión implícita de las masas. El totalitarismo —son sus propios términos— «no es más que la expresión políticamente organizada de la estructura de carácter del hombre del común». La *vox populi* hace y deshace imperios.

En 1939, *Le viol des foules par la propagande politique*, libro de Sergéi Chakhotin publicado en Francia, es censurado por el Ministerio de Asuntos Exteriores; en 1940, los alemanes destruyen la edición. Chakhotin muestra que, durante las grandes reuniones masivas, el dictador apela a los factores emotivos; al estar «en estrecho contacto» con su auditorio, recibe de él, como eco, «el reflejo de sus palabras». En declaraciones a Hermann Rauschning, Hitler decía que «adivinaba con una intuición infalible los sentimientos de la multitud». Y añadía: «La conducción de las masas es un arte». «Cuanto

más numerosa es la masa, más fácil es dirigirla». Proseguía: «La experiencia me ha confirmado que hay que llenar el alma de la multitud con una sola idea (. . .), de modo que ya no haya lugar para ninguna otra. No hay que dejar al pueblo el ocio de pensar (. . .). Es preciso recurrir a ideas, imágenes y consignas que se hundan como cuñas en la mente de la multitud, y ya no sea posible arrancárselas».

Freud se consagra a describir la interacción permanente que liga a la masa y al conductor, ninguno de los cuales puede existir sin el otro. Esta interdependencia también va a permitirle, en el capítulo XI, aislar lo que llama «un grado en el interior del yo». Se trata del ideal del yo, un conjunto de valores con respecto al cual el individuo «mide su yo actual». La expresión ve la luz en 1914, en «Introducción del narcisismo», donde se la presenta como equivalente al yo ideal: «El narcisismo aparece desplazado a este nuevo yo ideal que, como el infantil, se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas». El hombre «no quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia, y (. . .) procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo. Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal». Y un poco más adelante sostiene que, «en general, los idealistas son mucho más reacios que los hombres de modestas miras a convencerse del inadecuado paradero de su libido».

En las últimas líneas de «Introducción del narcisismo», Freud anuncia en cierto modo el presente ensayo, al escribir: «Desde el ideal del yo parte una importante vía para la comprensión de la psicología de las masas». Vemos ahora que el individuo cambia su ideal del yo «por el ideal de la masa corporizado en el conductor», que se presenta como un «jefe fuerte» investido de un «hiperpoder»; basta con que este jefe dé «la impresión de una fuerza y una libertad libidinosa mayores» que la de los otros; estos, al identificarse con él, están dispuestos a seguirlo a donde él decida llevarlos.

«Como primer paso de un análisis del yo, esta hipótesis (la existencia de un grado de esta clase en el interior del yo) tiene que demostrar su justificación poco a poco, en los más diversos campos de la psicología». Con *El yo y ello*, publicado en 1923, o sea, dos años después de la *Psicología de las masas*, Freud da un paso más. La «diferenciación interior del yo» que ha denominado «ideal del yo» adopta ahora el nombre de «superyó». Junto con el ello y el yo, el superyó es una de las tres instancias que constituyen la «segunda tópica», cronológicamente posterior a la primera, la del inconsciente, el pre-consciente y la conciencia.

En las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, Freud completa lo que había dicho sobre el superyó: «Es también el portador del ideal del yo con el que el yo se mide (. . .), y cuya exigencia de una perfección cada vez más vasta se empeña en cumplir». El ideal del yo es «el precipitado de la vieja representación de los progenitores, expresa la admiración por aquella perfección que el niño les atribuía en ese tiempo». Encontramos una formulación análoga en *El yo y el ello*: «El ideal del yo tiene, a consecuencia de su historia de formación, el más vasto enlace con la adquisición filogenética, esa herencia arcaica, del individuo. (. . .) Como formación sustitutiva de la añoranza del padre, contiene el germen a partir del cual se formaron todas las religiones. (. . .) Los sentimientos sociales descansan en identificaciones con otros sobre el fundamento de un idéntico ideal del yo».

Al volver con la *Psicología de las masas* a un tema ya tratado en el artículo «Duelo y melancolía», Freud se interesa una vez más en los trastornos periódicos del humor y comprueba que, «en el maníaco, yo e ideal del yo se han confundido»: la autocrítica queda abolida, las inhibiciones desaparecen (las mismas modificaciones, por lo demás, se producen con la ingesta de sustancias psicotrópicas). «Siempre sobreviene una sensación de triunfo cuando en el yo algo coincide con el ideal del yo». En el plano colectivo, las festividades más o menos ritualizadas (Freud cita las saturnales y el carnaval) per-

miten dar rienda suelta, por un tiempo limitado, a los «excesos» populares. En contraste, la melancolía estará marcada por una escisión entre el ideal del yo y el yo, en la que el primero le reprocha al segundo no estar a la altura de sus exigencias y lo castiga con la severidad más extremada.

Al final del libro hay una mención del héroe, aquel «que había matado, él solo, al padre (el que en el mito aparecía todavía como monstruo totémico)». Los oyentes del mito o el cuento «pueden identificarse con el héroe sobre la base de la misma referencia añorante al padre primordial». El mito heroico le permite al individuo elevarse por encima de la «psicología de las masas».

La cuestión reaparece en *Moisés y la religión monoteísta*, que recién se publicará en su totalidad en 1939. En él, el héroe se convierte en el «gran hombre». «Sabemos que en la masa de seres humanos existe una fuerte necesidad de tener alguna autoridad que uno pueda admirar (. . .), por quien sea gobernado y, llegado el caso, hasta maltratado. Por la psicología de los individuos hemos averiguado de dónde proviene esta necesidad de la masa. Es la añoranza del padre —añoranza inherente a todos desde su niñez—, de ese mismo padre a quien el héroe de la saga se gloria de haber vencido. (. . .) ¿Quién otro que el padre pudo ser en la infancia el “gran hombre”?».

El gran hombre es aquí, indiscutiblemente, Moisés, cuyo destino ocupó los últimos años de la vida de Freud. Moisés es un «conductor» en el mejor sentido de la palabra; es quien condujo a su pueblo fuera de Egipto y le dio la Ley. Era «un vigoroso arquetipo paterno», dotado de autonomía e independencia en el más alto grado. Es probable que para los judíos no fuera fácil «separar la imagen del hombre Moisés de la del dios de él, y no erraba en esto su vislumbre, pues acaso Moisés había incluido en el carácter de su dios unos rasgos de su propia persona, como la irascibilidad y la intransigencia». La figura del gran hombre se amplificó así «hasta presentárnos como una figura divina». Es ella la que fascinaba a Freud

cuando, durante sus viajes a Roma en 1901 y 1912, permanecía absorto en la contemplación del *Moisés* de Miguel Ángel en San Pietro in Vincoli.

En la hora de la comunicación masiva, y aun cuando la era de los totalitarismos parezca caduca, las técnicas de manipulación de la mente se han multiplicado. La lección de Le Bon no ha sido olvidada por aquellos que, en función de sus intereses, se esfuerzan por influir sobre la masa. Otros —son una minoría— se hacen de esa masa una concepción negativa; denuncian sus sortilegios, como lo hace Glenn Gould al declarar: «Detesto a la multitud. (. . .) Es una fuerza maléfica que obedece al instinto de jauría». La masa sigue siendo un «renacimiento de la horda primordial». Por haberlo mostrado sobre la base de los descubrimientos de Darwin, el libro de Freud no ha perdido nada de su actualidad.